

Síntesis Sociales

elaboradas por el *diál*

SIGNOS DE RENOVACION

El estudio que ofrecemos sobre "signos de renovación" en la Iglesia de América Latina está escrito por el P. Gustavo Gutiérrez, sacerdote peruano, uno de los teólogos latinoamericanos más brillantes. Es la presentación a una Compilación de 29 Documentos Posconciliares de Obispos, sacerdotes y laicos de la América Latina, publicada por la Comisión Episcopal de Acción Social de la Jerarquía del Perú. La Redacción de SIC agradece la gentileza del autor por habernos permitido su publicación. Por razones de espacio omitimos las notas que acompañan al texto del artículo.

- ★ La miseria, la injusticia, la situación de alienación, la explotación del hombre por el hombre que se vive en la América Latina, ha sido calificada de "violencia institucionalizada".
- ★ La violencia es aceptable cuando la utiliza el opresor para mantener y salvar el "orden", pero es mala cuando los oprimidos recurren a ella para combatirlo.
- ★ La dinámica de la economía capitalista lleva simultáneamente a la creación de mayor riqueza para los menos y de mayor pobreza para los más.
- ★ Es necesario y urgente para los cristianos comprometerse con el proceso de liberación de este continente oprimido.
- ★ Hoy se vive angustiosamente en la Iglesia el drama de sentirse infiel al Evangelio.
- ★ Tomas de posición más francas y decididas de parte de la Jerarquía... han sido como bocanadas de aire fresco.

Crisis en la Iglesia de la América Latina

La Iglesia de América Latina está en crisis. Se puede matizar esta afirmación, se pueden avanzar diversas interpretaciones; pero nada de eso afectará lo esencial. Se trata de un hecho macizo. Imposible disimularlo o esca-motearlo, es necesario mirarlo de frente si no queremos vivir en un mundo ficticio.

La gravedad y la amplitud de la situación es tal, que parece lejana la época en que se planteaban dificultades e interrogantes a la Iglesia, que ella resolvía apelando imperturbablemente a sus reservas doctrinales y vitales. Ahora es ella misma la que está en cuestión. Lo está, en primer lugar, por muchos cristianos que viven desgarradoramente la distancia que separa su Iglesia de las fuentes evangélicas y su desajuste frente al mundo latinoamericano. Lo está, además, por todos aquellos que, ajenos a ella —y son más numerosos de lo que la pastoral tradicional quiere reconocer—, la ven como un freno en la construcción de una sociedad más justa. Pero comienza a ser cuestionada también por los que, ligados al pretendido orden que se vive en América Latina, ven con inquietud los esfuerzos de algunos sectores dinámicos de la Iglesia.

¿Es esta crisis un crecer o un declinar de la Iglesia en América Latina?

Esta crisis que vive la Iglesia, este "juicio" (es lo que crisis significa) que los acontecimientos —y Cristo, Señor de la Historia, a través de ellos— hacen sobre la comunidad eclesial, ¿indicarían —para tomar la vieja expresión del Cardenal Suhard— un crecer o un declinar de la Iglesia en América Latina? Para plantear más certeramente la cuestión habría que reajustar la mira teológica, precisando lo que puede entenderse por "crecimiento" y "declinación" en materia de Iglesia. Pero aun así es de temer que el fondo de angustia que refleja la pregunta nos lleve a un enfoque de lastre numérico o a un nuevo y tranquilizador tipo de triunfalismo. Todo parece indicar que los años que vienen nos conducirán a modos muy distintos de concebir la Iglesia y nos harán ver su presencia en forma totalmente diversa a la que estamos acostumbrados e incluso a la que podemos dibujar a partir de nuestra experiencia actual. Por ahora se trata, más modestamente, de reconocer el surgimiento de una situación llena de promesas e imprevistos que, bajo el impulso del Espíritu, está llevando a una nueva conciencia eclesial.

Bajo la acción del Espíritu está surgiendo una situación llena de promesas.

Durante el Concilio, en un período dominado todavía por la figura de Juan XXIII, Paulo VI declaraba en su alocución a la segunda sesión conciliar que era "deseo, necesidad y deber de la Iglesia que se dé finalmente una más meditada definición de sí misma", y reiteraba, un año más tarde, la necesidad de profundizar en la conciencia que la Iglesia debe tener y "de la misión que debe cumplir en el mundo". A esta tarea se abocó el Concilio, pero lo han hecho también, y por derroteros inesperados, los años transcurridos desde su clausura. Más allá de la letra de sus textos, el Concilio abrió perspectivas que no terminan de sorprender gratamente, de inspirar temores o de alarmar, según el punto de vista.

La Iglesia de América Latina ha comenzado a tomar conciencia de sí misma.

En ese espíritu ha buscado situarse la Iglesia de América Latina. Acostumbrada a ser uncida dócilmente al carro de la cristiandad, la comunidad cristiana latinoamericana ha comenzado desde hace algún tiempo —no sin dificultades e incomprendimientos de parte de quienes consideran esto como una insubordinación— a tomar conciencia de sí misma, a revisar su presencia en este continente de miseria y de posibilidades, a hacer oír —tímidamente— su propia voz. Prueba de ello son los textos que se ofrecen en el presente volumen; pero lo son aún más los gestos, las iniciativas, las crisis, las experiencias, la efervescencia de ideas que han dado lugar a estos documentos; así como los compromisos precisos que ellos a su vez han suscitado y suscitarán. La Iglesia latinoamericana es particularmente rica... en problemas. Pero no todo es negativo en eso. La gravedad de las dificultades que enfrenta puede permitirle —si se tiene el coraje necesario— ir rápidamente a lo esencial; dejar de lado el ropaje con que los avatares de la historia han cubierto el mensaje evangélico y las estructuras eclesiales, y preguntarse sin rebozo qué es ser cristiano, cómo ser Iglesia, en las condiciones inéditas que se avecinan.

En esta nueva conciencia eclesial podemos distinguir, para mayor claridad en la exposición, dos aspectos inseparables en los hechos: una nueva comprensión de la realidad latinoamericana y la búsqueda de nuevas formas de presencia del Pueblo de Dios en ella.

1.—UNA NUEVA COMPRESION DE LA REALIDAD LATINOAMERICANA

La conciencia que la comunidad cristiana tiene de sí misma está condicionada históricamente por el mundo del que forma parte y por el modo de comprenderlo.

1.1. Salir del Ghetto.

Visión de la realidad y actitud de escuchar.

No se trata de inventar de principio a fin y para su uso privado una visión de la realidad; es necesario más bien participar lealmente en la forma como —en el caso que nos interesa aquí— el hombre latinoamericano se autocomprende y percibe su propio devenir histórico. Para esto hay que ponerse en actitud de escuchar, pero escuchar supone de primer intento salir del pequeño mundo en que se está.

La comunidad cristiana vive en estado de ghetto.

La comunidad cristiana de América Latina ha vivido y sigue viviendo, en gran parte, en estado de ghetto. Dada a luz cuando la Iglesia madre se hallaba a la cabeza de la Contrarreforma, la Iglesia latinoamericana ha estado marcada por una actitud de defensa; esto la ha llevado frecuentemente a replegarse y a aparecer como un refugio para cuanto temeroso y necesitado de protección transitaba por los caminos de Dios en este continente. Esta postura fue reforzada, en algunos casos, por los ataques de las corrientes liberales y anticlericales en el período que siguió a la independencia política del siglo pasado. Y más recientemente, por las críticas acerbadas de los movimientos sociales que luchan, desde hace varias décadas, por cambiar radicalmente la sociedad en que vivimos; cambio para el cual la Iglesia aparece como un obstáculo.

La Iglesia se esfuerza por prolongar una situación de cristiandad ya superada.

Todo esto condujo a la Iglesia a aferrarse al poder establecido para gozar de su apoyo y hacer así frente a enemigos eventuales. Ha llevado igualmente a crear y mantener costosamente instituciones educativas, obras sociales, asistenciales y recreativas que constituyen como un "doble" del mundo en que se vive; vano (¿y último?) esfuerzo por prolongar una superada situación de cristiandad en una sociedad que no conoce ya la unanimidad religiosa y que ha entrado francamente en el pluralismo ideológico. Ha sido así la Iglesia presa fácil, y a menudo complaciente, de quienes en nombre de un mundo "occidental y cristiano" la han usado para proteger sus intereses y defender un orden creado para su propio beneficio.

1.2. La situación latinoamericana y sus causas.

Comenzamos a tener comprensión más global de nuestra situación.

Salir del ghetto es un aspecto de la actitud de obertura al mundo. Esta supone, de manera más positiva, compartir sin cortapisas la visión que el hombre latinoamericano tiene de su propia situación; contribuir con competencia en su elaboración y profundización; y comprometerse sin ambigüedades en la acción que deriva de ella.

Al respecto, los últimos años han sido decisivos. Después de un largo período de verdadera ignorancia de nuestra realidad; dejado atrás un breve momento de optimismo creado artificialmente e interesadamente, estamos llegando a una comprensión menos parcial y anecdótica, más global y estructural de nuestra situación.

Es una situación de "violencia institucionalizada".

La realidad latinoamericana va apareciendo con toda su crudeza. No se trata únicamente, ni en primer lugar, de un bajo índice cultural, de límites o carencias de instituciones políticas; sino de un estado de cosas que no tiene en cuenta las más elementales exigencias de la dignidad del hombre: su propia subsistencia biológica y sus derechos primordiales como ser libre y responsable. La miseria, la injusticia, la situación de alienación, la explotación del hombre por el hombre que se vive en América Latina, configuran una situación que la Conferencia episcopal de Medellín no vacila en calificar acusadoramente de "violencia institucionalizada". La expresión puede llamar la atención —y hasta el momento con razón— en un texto del Magisterio. Pero, y esto debe ser subrayado, no estamos ante una frase dicha al pasar; todo documento de Paz está construido sobre ese enfoque. Se trata por lo demás de un lugar común entre los estudiosos de América Latina; y, sobre todo, de una realidad dolorosamente vivida y conocida por la inmensa mayoría de la población del continente. Sólo en este contexto pueden plantearse sin fariseísmos y sin caer en una moral de dos pesos y dos medidas (la violencia es aceptable cuando la utiliza el opresor para mantener y salvar el "orden"; es mala cuando los oprimidos recurren a ella para combatirlo), las complejas cuestiones referentes a la contraviolencia.

Centros de poder extranjeros aliados a las oligarquías nacionales mantienen una situación de dominación y dependencia.

El cambio más importante, sin embargo, en el conocimiento de la realidad latinoamericana se refiere a sus causas profundas, vistas en la perspectiva de un proceso histórico. El subdesarrollo, como hecho global, aparece cada vez más claramente y, ante todo, como la consecuencia de una dependencia económica política y cultural de centros de poder que están fuera de América Latina. La dinámica de la economía capitalista lleva simultáneamente

neamente a la creación de mayor riqueza para los menos y de mayor pobreza para los más. Actuando en complicidad con esos centros de poder, las oligarquías nacionales mantienen en su beneficio, y a través de mecanismos diversos, una situación de dominación al interior de cada país.

Esta nueva percepción de la realidad latinoamericana aflora más o menos explícitamente, con mayor o menor acierto, en los diversos textos que se ofrecen en este volumen. Ella se expresa finalmente con toda nitidez y autoridad en el ya citado documento de Paz; éste habla sin ambages de "colonialismo interno" y de "neocolonialismo externo". Causas última, en América Latina, de la violencia a los más elementales derechos del hombre.

Para lograr la transformación social hay que actuar sobre las personas y las estructuras.

Esta visión, atenta a factores estructurales, ayudará a los cristianos a no caer en la falacia de propugnar un cambio personal de desvertebrado de condicionamientos concretos, como etapa necesariamente previa a toda transformación social. Quienes se empeñan en esa actitud en nombre de un vago humanismo y de un espiritualismo desencarnado, sólo lograrán ser cómplices de una postergación indefinida de los cambios necesarios y urgentes. Estos suponen que se actúe simultáneamente sobre las personas y las estructuras, puesto que ellas se condicionan mutuamente.

Hay que liberar al hombre de toda servidumbre: crear una nueva manera de ser hombre.

1.3. Participar en el proceso de liberación.

Caracterizar la realidad latinoamericana como dependiente y dominada lleva normalmente a hablar de liberación y a participar en el proceso que lleva a ella. De hecho, se trata de un término que expresa una nueva postura del hombre de América Latina, que aparece poco a poco en los textos que se presentan aquí. Y, una vez más, es recogido y repetido con insistencia en la Conferencia de Medellín, así como en la 36ª Asamblea Episcopal Peruana. Expresiones como "desarrollo", "integración", con su corte de agencias internacionales, alianzas y expertos, van quedando atrás; ellas implican una visión distinta de la situación de América Latina.

Pero afirmar la necesidad de una liberación supone mucho más que diferencias en el análisis de la realidad. Es, más hondamente, ver el devenir de la humanidad en una cierta perspectiva de filosofía y teología de la historia, como un proceso de emancipación del hombre, orientado hacia una sociedad en la que el hombre se vea libre de toda servidumbre, en la que no sea objeto, sino agente de su propio destino. Proceso que lleva no sólo a un cambio radical de estructuras, a una revolución social, sino que va, incluso, más lejos: a la creación permanente de una nueva manera de ser hombre.

Los cristianos deben comprometerse en el proceso de liberación en auténtica actitud de fe.

Es necesario y urgente para los cristianos comprometerse con el proceso de liberación de este continente oprimido, a través de una solidaridad real con los oprimidos de este continente, primeras víctimas de la situación. Para esto, y en primer lugar, la Iglesia toda, hoy ligada de mil maneras, abierta o sutilmente, consciente o inconscientemente, al estado de cosas actual, debe romper con él. No será tarea fácil. Romper quiere decir dejar de lado inercias y tradiciones, recelos y viejos reflejos, ventajas y privilegios de todo tipo; aceptar que el rostro de la Iglesia será en un futuro próximo radicalmente diferente al que ahora conocemos. Supone ganarse la hostilidad —con todos los riesgos que eso conlleva— de los grupos dominantes; y, sobre todo, creer en la fuerza revolucionaria y liberadora del mensaje evangélico, en una palabra, creer en el Señor. Y la actitud de fe, de una fe auténtica que vaya más allá de una simple afirmación, casi una recitación de verdades, es difícil. Lo sabemos, lo hemos dicho siempre, pero quizá no éramos suficientemente conscientes de que los temores y vacilaciones del grueso de la comunidad cristiana latinoamericana lo están probando en forma cruel e irónica.

La Jerarquía debería manifestar su solidaridad con los oprimidos.

Una expresión de esta ruptura con la injusticia y la explotación que bajo apariencias legales impone la actual estructura económica y social a la inmensa mayoría de nuestro pueblo, debería ser el que la jerarquía eclesial se dirija a los oprimidos para manifestarles su solidaridad y su deseo de estar con ellos en su lucha. A los oprimidos, y no —como acostumbraba hacerlo— a los poderosos, responsables y usufructuarios de esa situación, para que tengan a bien hacer las transformaciones necesarias... sin quedar afectados por ellas se entiende.

2.—HACIA UNA NUEVA PRESENCIA DE LA IGLESIA

Inadecuación de las estructuras de la Iglesia al mundo actual.

En el Concilio Vaticano II la Iglesia ha afirmado su voluntad de servicio. Las formas concretas que adopte esta actitud están en función, deben estarlo necesariamente, del mundo en el que la comunidad cristiana está presente.

2.1. Inadecuación de la Iglesia.

Un mejor conocimiento de la cruda realidad latinoamericana trae de la mano la percepción de una inadecuación de las estructuras de la Iglesia al mundo en que vive. Ellas aparecen superadas y carentes de dinamismo frente a las nuevas cuestiones que se plantean y ligadas de una forma u otra al orden injusto que se desea abolir. Esta situación es la fuente principal de los malentendidos, fricciones, crisis, abandonos, de que somos testigos.

Para quienes buscan conformar su vida con las exigencias evangélicas se hace cada vez más difícil aceptar vagos y líricos llamados a la fraternidad y a la unión de todos los cristianos, sin tener en cuenta las causas profundas del actual estado de cosas y las condiciones concretas de la construcción de una sociedad justa. Es olvidar que la catolicidad, la universalidad de la Iglesia no es algo definitivamente adquirido y que se mantiene a cualquier precio, sino que se conquista, valiente, cara y lúcidamente. Esas invocaciones parecen más bien destinadas, conscientemente o no, a suavizar las tensiones reales y necesarias; y en última instancia a mantener el statu quo. Tomas de posición más francas y decididas de parte de la Jerarquía y de otros sectores de la Iglesia, como las que hemos comenzado a ver en los últimos tiempos, han sido por eso como bocanadas de aire fresco. Ellas contribuirán sin duda a separar el trigo de la paja entre los que se dicen cristianos.

La Iglesia vive hoy la angustia de sentirse infiel al Evangelio.

El Concilio Vaticano II afirma que la Iglesia debe realizar, como Cristo, su obra de redención "en pobreza y persecución". No es esa la imagen que ofrece la Iglesia latinoamericana en su conjunto. Es más bien lo contrario. Hubo un tiempo en que no teníamos quizá una conciencia clara de esa situación. Pero esto terminó. Hoy se vive angustiosamente en la Iglesia el drama de sentirse infiel al Evangelio y desfasado en relación a la realidad latinoamericana.

Urge ver el significado profundo de los "movimientos de protesta" en la Iglesia.

Ello ha dado lugar a cartas, declaraciones, nuevos tipos de compromiso e incluso a los llamados "movimientos de protesta" en la Iglesia, presas fáciles de informaciones sensacionalistas. Pero más allá de uno que otro aspecto anecdótico, de fundamentaciones doctrinales a veces ambiguas, de comentarios deformantes, urge ver su significado profundo. Son muestras de la preocupación de muchos cristianos por la forma que reviste la presencia de la Iglesia en el continente. Ellas revelan una vitalidad escondida, un espíritu que no se resigna a quedar preso de la letra. Pero si no se tiene en cuenta el mensaje que entrañan, puede llegar el día en que, ante la indiferencia general, añoremos los gestos de esos "exaltados" que expresaban por medios no conformistas su deseo de cambiar la Iglesia y su dolorosa fidelidad al Evangelio.

Los sectores más dinámicos del Pueblo de Dios en América Latina están empeñados, desde este punto de vista, en una doble búsqueda: de bases teológicas que abarquen el conjunto de su actuar en un continente en proceso liberador; y de nuevas estructuras eclesiales que permitan una vida de Fe plena, acorde con la conciencia que el hombre latinoamericano tiene de su propio devenir histórico.

Preocuparse por la construcción del mundo no es un "temporalismo" aberrante.

2.2. Una teología de la liberación del hombre.

La preocupación por la dimensión propiamente política que adquiere una auténtica presencia en América Latina ¿significa para la Iglesia caer en un "temporalismo" aberrante?, ¿manifiesta un alejamiento de su misión espiritual? Es lo que muchos temen, de buena fe... o sin ella.

El Evangelio —se dirá— es, ante todo, un mensaje de salvación eterna. La construcción del mundo, una tarea del hombre en la tierra. A la Iglesia lo primero, a la sociedad temporal lo segundo. Se admitirá, a lo sumo, que la Iglesia plantee ciertas exigencias éticas en la edificación de la ciudad terrena; y esto sólo en el caso de que no contradiga abiertamente los intereses de quienes tienen las riendas de la dominación económica y política de los pueblos.

Pero es sobre este punto que un trato más cercano con realidades como las que hemos recordado más arriba, ha operado un cambio profundo en la vida y la reflexión de la Iglesia toda. No es éste el lugar para reseñar en detalle el proceso que condujo, reanudando con la más antigua tradición cristiana, a redescubrir que la salvación abarca a todos los hombres y a todo el hombre. Pero vale la pena detenerse, aunque no sea sino brevemente, para explicar las nociones teológicas que fundamentan esta nueva (en el sentido de "un nuevo mandamiento les doy") actitud de la Iglesia.

Reflexiones concretas sobre la existencia humana fueron llevando a la teología contemporánea lejos de una perspectiva escolástica y esencialista, basada en distinciones de órdenes y niveles. Ella se enrumaba así, al mismo tiempo que se renovaba al contacto con las fuentes bíblicas, hacia la afirmación de una vocación única del hombre; o más exactamente de una convocación única de todos los hombres. No hay, pues, dos historias, una profana y otra sagrada yuxtapuestas, sino un solo devenir humano, asumido irreversiblemente por Cristo, Señor de la historia; su obra salvadora abarca todas las dimensiones del existir humano. Dos grandes temas bíblicos ilustran bien este enfoque: la relación entre creación y salvación y las promesas mesiánicas.

La creación es el primer acto salvífico.

En un catecismo un poco elemental se nos presenta la creación como la explicación de lo existente. No es inexacto, pero sí insuficiente. En la Biblia la creación aparece no como una etapa previa a la obra de salvación, sino como el primer acto salvífico. "Dios nos eligió antes de la creación del mundo" (Ef. 13). La creación se inserta en el proceso de salvación, en la auto-comunicación de Dios. La experiencia religiosa de Israel es, ante todo, historia, pero esa historia no es sino la prolongación del gesto creador. Por eso los salmos cantarán a Yahvé simultáneamente como Creador y Salvador (cf. salmo 136). El Dios que ha hecho del caos un cosmos es el mismo que actúa en la historia de la salvación. La obra redentora de Cristo es presentada a su vez en un contexto de creación (Juan, cap. 1). Creación y salvación tienen un sentido cristológico: en El todo ha sido creado, todo ha sido salvado (cf. Col. 1, 15-20).

El hombre se autorrealiza prolongando la obra de la creación por medio del trabajo y así construir una sociedad más justa y digna.

En esta perspectiva, cuando decimos que el hombre se autorrealiza prolongando la obra de creación por medio del trabajo, estamos afirmando que se sitúa de primer intento en el interior de la obra salvífica. Dominar la tierra, como prescribe el Génesis, es obra de salvación. Trabajar, transformar este mundo, es salvar. El trabajo, en tanto que factor humanizante, tiende normalmente —como Marx lo ha visto bien—, mediante la transformación de la naturaleza, a construir una sociedad más justa y más digna del hombre. La Biblia nos hace comprender el sentido profundo de ese esfuerzo. Construir la ciudad temporal no es una simple etapa de humanización, de pre-evangelización, como se decía en teología hasta hace unos años; es colocarse de lleno en un proceso salvífico que abarca todo el hombre. Toda ofensa, toda humillación, toda alienación del trabajo humano, es un obstáculo en la obra de salvación.

Hay un segundo gran tema bíblico que tiene resonancias semejantes. Se trata de las promesas mesiánicas, es decir, de los acontecimientos que anuncian y acompañan el advenimiento del Mesías. No es un tema aislado, sino que, como el anterior, atraviesa toda la Biblia; está vitalmente presente en la historia de Israel y reclama, por consiguiente, su puesto en el devenir del Pueblo de Dios.

La supresión de la miseria y de la explotación es un signo mesiánico.

Los profetas anuncian un reino de paz. Pero la paz supone el establecimiento de la justicia, la defensa de los derechos de los pobres, el castigo de los opresores, una vida sin temor de ser esclavizado por otros. Una espiritualización mal entendida ha hecho a menudo olvidar la carga humana y el poder transformador de las estructuras sociales injustas que entrañan las promesas mesiánicas. La supresión de la miseria y de la explotación es un signo de la venida del Mesías. El Reino se hará presente, según el libro de Isaías, cuando nadie "edifique para que otro habite, ni plante para que otro coma", cuando cada uno "disfrute del trabajo de sus manos" (65, 22). Luchar por un mundo justo, en el que no haya servidumbre, ni opresión, ni trabajo alienado, será anunciar, significar la venida del Mesías. Las promesas mesiánicas ligan así estrechamente Reino de Dios y condiciones de vida dignas del hombre. Reino e injusticia social son incompatibles.

La enseñanza que se desprende de esos dos temas bíblicos es clara: la salvación comprende todo el hombre. La *Populorum Progressio* lo recuerda (cf. n. 21). Predicar el mensaje evangélico no es predicar una evasión de este

La historia de la salvación es una liberación en proceso.

mundo. Por el contrario, la Palabra del Señor lleva a hacer más profundo, a radicalizar nuestro compromiso en la historia. Y esto, en concreto, significa solidarizarnos con los oprimidos del continente, participar en sus esfuerzos de emancipación; conscientes de que la historia de la salvación es una liberación en proceso. Es en el encuentro con los hombres, con los más pobres y explotados de ellos, que encontraremos al Señor (cf. Mt. 25, 31 ss.). Ser cristiano, en nuestra época, en nuestro continente, es comprometerse creadoramente en las diferentes etapas del proceso de liberación del hombre. La Fe abre horizontes infinitos a la obra humana, dinamizando así nuestro actuar en la historia.

Estas son algunas nociones teológicas que en forma explícita o subyacente se encuentran en los diferentes documentos recogidos en este volumen. Sólo con este trasfondo podemos comprender los esfuerzos de ciertos sectores cristianos por estar auténticamente presentes en el mundo latinoamericano. No se trata de un sospechoso temporalismo, sino del deseo, con fallas y limitaciones sin duda, de ser plenamente fieles a la Palabra del Señor.

No son suficientes ni la modernización de algunas estructuras eclesiales ni ciertas adaptaciones pastorales.

2.3. Nuevas estructuras eclesiales.

Hubo un tiempo en que la vitalidad o debilidad de la Iglesia latinoamericana se medía por el número de sacerdotes. Se procedía a calcular la proporción de fieles por sacerdote (los más entendidos ensombrecían el cuadro añadiendo el factor distancia) y se hacían proyecciones. La escasez de vocaciones aparecía como el mayor obstáculo que la subdesarrollada Iglesia de América Latina tenía que superar para iniciar su "despegue". Hoy, pocos son los que piensan así. El problema sacerdotal tiene otras facetas, más delicadas aún: todo parece indicar que el estilo de vida sacerdotal, más o menos estacionario desde hace siglos, experimentará una transformación profunda en un futuro próximo. Pero, sobre todo, no es sino un síntoma de la crisis más amplia y aguda que atraviesa la comunidad cristiana.

Había en ese enfoque un acento marcadamente clerical que empequeñecía la problemática; lo más grave, sin embargo, era el esquema de solución a los problemas de la Iglesia que él suponía. Se pensaba que se podía salir del paso haciendo esfuerzos por modernizar algunas estructuras eclesiales o realizando ciertas adaptaciones pastorales. Es eso lo que, más hondamente, está puesto ahora en cuestión.

Hay que crear y pensar nuevas formas de la comunidad cristiana en el mundo.

En adelante habrá que abordar el asunto con una mayor dosis de audacia, con esa valentía que reclama la Escritura para los discípulos de Cristo (cf. Hechos, 4, 31). Ella deberá llevarnos no a cambios mediatizados que disimulan mal el temor y el desconcierto, sino a una transformación radical de lo que hoy conocemos. Los tiempos exigen una actitud inventiva que permita pensar y crear nuevas estructuras eclesiales, nuevas formas de presencia de la comunidad cristiana en el mundo. La alarma que parece verse en algunos sectores de la Iglesia frente a las interrogantes que plantean los signos de los tiempos en nuestra época no es una solución.

La Iglesia latinoamericana debe afirmar su personalidad propia.

Para la Iglesia latinoamericana, una línea de fuerza en esta búsqueda debe ser la afirmación de su personalidad propia. Hemos vivido en una dependencia que no ha dejado hasta hoy desarrollar plenamente nuestras peculiaridades. Hemos sido, según la distinción del P. de Lima Vaz, más una Iglesia —reflejo, que una Iglesia— fuente. Reflejo de una Iglesia europea de la que hemos tomado sin sentido crítico, teología, instituciones, derecho canónico, estilos de vida, espiritualidad. En lugar de ser fuente creadora de nuevas actitudes frente a una sociedad en trance revolucionario, de estructuras eclesiales acordes con una Iglesia del Tercer Mundo, de una reflexión que permita echar raíces en nuestra propia realidad. La superación de la mentalidad colonial es, sin duda, una de las grandes tareas de la comunidad cristiana latinoamericana; ella será, además, una forma de contribuir al auténtico enriquecimiento de la Iglesia universal.

La Iglesia debe abrirse a los pobres y ser pobre ella misma.

Otra línea de fuerza se encuentra en el compromiso de pobreza. Es un terreno en el que los cristianos multiplican generosamente los contratestimonios. Confundimos a menudo hacer el voto de pobreza con una vida pobre; la posesión de lo necesario con una cómoda instalación en este mundo; los instrumentos de servicio con los medios de poder. Se impone una revisión honesta y lúcida que acabe con el desajuste entre predicación y testimonio. Vivir coherentemente una Iglesia no sólo abierta a los pobres, sino pobre ella misma, cambiará substancialmente el rostro que presenta actualmente la comunidad cristiana.

Nos amenaza el inmovilismo o la preferencia por cambios que en el fondo perpetúan la situación actual.

En este sentido la Conferencia episcopal de Medellín puede representar para la Iglesia latinoamericana lo que el Concilio significó para toda la Iglesia. No un punto de llegada, sino un punto de partida; no sólo textos que asumen la conciencia que la comunidad eclesial tiene del momento que vive y de ella misma, sino un impulso para ir más lejos, un espíritu que vivifique la letra. Esto no se hará sin dificultades. No han faltado ni faltarán las ligerezas que llevan a actitudes espectaculares más que a compromisos profundos. Pero, sobre todo, nos amenaza el inmovilismo o la preferencia por cambios que en el fondo perpetúan la situación actual. Estamos más apegados de lo que creemos a las viejas estructuras.

El Concilio —como quizá lo haga Medellín— abrió las compuertas, y las aguas contenidas por mucho tiempo salieron y siguen subiendo; cuando bajen veremos que es menos lo que habrán destruido que lo que habrán purificado. Por ahora, se trata no de proteger angustiosamente los textos del Vaticano II o de Medellín de interpretaciones erradas, ni de hacer comentarios eruditos. Lo que importa es hacer su exégesis en los hechos, su verdad debe ser verificada en la existencia cotidiana de los cristianos.

La Iglesia experimenta las consecuencias de hallarse en un mundo en proceso de cambios hondos y decisivos. Ella misma deberá transitar por senderos desconocidos, tomar un viraje sin saber de antemano qué riesgos y obstáculos encontrará. No es fácil aceptar que el Espíritu nos "guiará hacia la verdad completa" (Jn. 16, 13), sin consultarnos previamente el itinerario que seguirá. Sin embargo, es eso lo que se exige hoy a la comunidad cristiana latinoamericana.

Se dirá que las posturas que se expresan en los textos recogidos en este volumen ofrecen pocas respuestas, pocas vías de salida. Es posible, pero no olvidemos que, como se ha dicho, quienes cambian la historia no son tanto los que aportan soluciones, sino aquellos que plantean una nueva serie de cuestiones.

GUSTAVO GUTIERREZ M.

Lima, febrero de 1969.

PRODUCTOS

EL TUY

AGENTE EXCLUSIVO

Andrés Sucre

CARACAS

TELEFONOS:

42.01.21 - 42.01.22

42.01.23

LAS CAMISAS SON
LAVADAS CON
AGUA SUAVIZADA

Sólo

La Primera

garantiza este servicio

El 80% de agua caliente
a 80° centígrados

Jabón en escamas
de la mejor calidad

En el lavado en cada camisa
empleamos un promedio de
15 litros de agua

**MAIZINA
AMERICANA**

Es inmejorable para todo
preparado que requiera el
empleo de una harina fina
y delicada.

COMO ALIMENTO DE LOS
NIÑOS, ANCIANOS Y CON-
VALECIENTES, NO TIENE
RIVAL

Agradable al paladar
y de fácil digestión.

MAIZINA AMERICANA

Recordamos fijarse en
"EL AGUILA"
legítima

MAIZINA AMERICANA

ALFONZO RIVAS & Cía. C. A.

Petión a San Félix, 116

Teléfs. 55.80.61 al 69

Apartado 122

CARACAS